

La Brújula. POR EUGENIO FUENTES

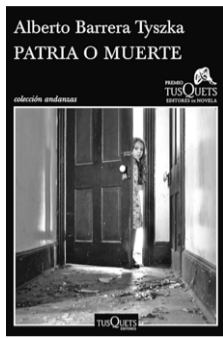
Una inquietante fábula femenina del padre de Lulú

Frank Wedekind (1864-1918) es muy conocido por dos tragedias—*El espíritu de la tierra* y *La caja de Pandora*— que sirvieron a Alban Berg para escribir el libreto de su escalofriante ópera *Lulú*. Wedekind no llegó a conocer la forma que el gran Berg dio a sus ideaciones sobre la mujer fatal, ya que la pieza se estrenó casi dos décadas después de su muerte, pero sin duda la hubiera aplaudido. La condición de la mujer frente al varón y la pacata relación burguesa con el sexo son, en efecto, dos de las líneas conductores de su obra. *Mine-Haha*, subtitulada *De la educación física de las niñas* y aplaudida por Adorno, es un largo relato, teñido de inquietante onirismo, en el que el lector debe imaginar todo lo que Wedekind sólo sugiere. La historia de un hospicio para niñas donde las internas son educadas en una estricta disciplina física, mezcla de baile, gimnasia y teatro—sin abandonar nunca un reducido universo claustro regido por mujeres—, se convierte en una poderosa alegoría de la sumisión femenina.



Mine-Haha

FRANK WEDEKIND
Traducción de Emilio Álvarez
Alpha Decay
88 páginas
13,90 euros



Patria o muerte

ALBERTO BARRERA TYSZKA
PREMIO TUSQUETS DE NOVELA
Tusquets, 2015
246 páginas
18 euros

La galardonada con el premio “Tusquets” es una buena novela para quien quiera conocer de qué va aquello

existencia de sus ocupantes hasta que terminen por largarse. Las discusiones, por ejemplo, a voces entre Sanabria y su hermano cuando aquel le pregunta si sabe cuánto dinero ha entrado en esos años por concepto de petróleo: “¡Más de un millón de millones de dólares! ¿Dónde están, coño? Mira los hospitales públicos. Mira las escuelas. Mira las carreteras. Ve cómo está la economía... ¡Dime! ¿Dónde está ese dinero?”. Respuesta: “Ese dinero está en un lugar que tú no ves. En una gente que para ustedes jamás ha existido. En los cerros, en los campos. La plata se ha gastado en la gente, en los pobres”. Réplica: “¡No me jodas, Antonio! ¡Tú sabes que eso no es verdad! ¡Son unos descarados! ¡Han hecho de los pobres su negocio!”. La adulteración tremenda del lenguaje, como en cualquier dictadura: “La historia de las palabras no registra aún el momento en que comenzó a usarse el término ‘escuálido’ para designar a cualquier venezolano que se opusiera al presidente Chávez y a su proyecto (...). Había grupos radicales que se definían como antiescuálidos. Un comentario, según su cercanía o no a los planteamientos adversos al Presidente, podía ser considerado o no una escualidez. Y del lado de la disidencia comenzó a haber también un orgullo escuálido”. La arenga escalofriante: “Frente a los rumores: ¡rodilla en tierra! ¡Fortaleza revolucionaria! ¡Confianza! ¡Unidad!”. Y, al final, el gran hombre en su miseria: “Estaba llorando. Tenía mucho dolor. Y decía que no quería morir. Pedía que lo ayudaran, que no lo dejaran morir”. Buena novela, digo, para quien quiera conocer de qué va aquello.

una hija en el umbral de la adolescencia, se muda con su familia a un tranquilo pueblo de Devon, con el firme propósito de no hacer nada “una sola palabra, rodeada de una respetable cantidad de espacio vacío: Nada. Me llamo Justine Merrison y no hago Nada. Con N mayúscula. Nada de Nada”. Pero pronto se ve envuelta en la terrible paradoja de que para poder no hacer Nada tiene que volver a ser una persona enérgica y competente.

La autora mantiene el interés de la obra con unos finales de capítulo al estilo clásico de “X había desaparecido” o “Z en realidad nunca existió”, más una serie de intuiciones descabelladas y, a partir de la mitad de la novela, el consabido “quién, cómo, cuándo, dónde y por qué. Todos estos recursos nos invitan a pasar la página, si bien, a un tercio del final, el juego se ha complicado de tal modo que Hanna se ve abocada a hacer un esfuerzo considerable para desenredar la madeja. Por tanto, inevitablemente, algunos episodios se revelan incluso superfluos, lo que no deja de frustrarnos como lectores, que hemos trabajado duro para recordar todos los detalles que nos había ofrecido la autora.

El hecho de que el relato intercalado sea una historia escrita que va llegando poco a poco a las manos de Justine implica que haya muchas referencias interesantes al proceso de construir el entramado definitivo. Ella se queja de que “es agotador que se espere de ti que seas uno de los protagonistas de una obra basada totalmente en otra obra, cuyo libreto no puedes leer y tienes que limitarte a suponer”. Pero también es a veces agotador que los personajes salgan y entren continuamente del relato de ficción a la ficción de la novela; Sophie Hanna reconoce en la propia obra que hay demasiados “relatos contradictorios en el aire”.

Sin duda le salva su fino humor británico, rayano, a menudo, en la parodia, que distiende, en casi todas las escenas, el sentimiento dramático. Esto propicia que podamos hacer, como en un juego, las conjeturas más imposibles, porque, ateniéndonos al cariz de la novela, pueden ser incluso factibles. Al final casi todo encaja, pero no nos queda la satisfacción de haber compartido una historia “redonda”.

Metáfora del espejismo que envuelve a la sociedad china

De Yan Lianke (1958), una de las plumas más apreciadas de la literatura china actual, los lectores atentos ya conocen su éxito mundial *El sueño de la aldea Ding*, la historia de una comunidad campesina incitada a vender su propia sangre y, de resultados del engaño, infectada en masa de sida. Ahora nos llega otra de sus obras capitales, *Los besos de Lenin*, sobre la que de nuevo flotan las sombras del engaño y el dinero fácil. Tras sufrir en pleno verano una nevada que arrasa sus cosechas, los habitantes de Buenavida, una pequeña aldea en la que son muchos los minusválidos que gozan de alguna habilidad especial, se ven convencidos por un funcionario local de formar una compañía itinerante que, a segura, les proporcionará tantos ingresos que hasta podrán comprarle la momia de Lenin a los rusos y convertirse en un poderoso centro turístico. Una fascinante alegoría del espejismo casi colectivo que envuelve a la sociedad china.

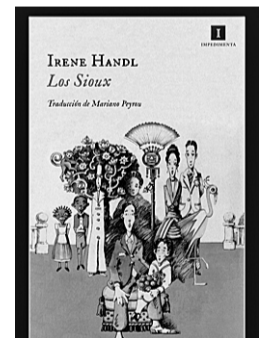


Los besos de Lenin

YAN LIANKE
Traducción de Belén Cuadra Mora
Automática
608 páginas
26 euros

Los mejores diálogos que habrá leído en mucho tiempo

Pese a su tardía dedicación a las tablas y las pantallas, la londinense Irene Handl (1901-1987), hija de austriaco y alemana, tuvo tanto éxito como actriz que sus enormes logros como novelista casi se han borrado de las memorias. Handl, que dio cuerpo a cientos de personajes de clase media y baja, se concentró sin embargo en lo más remegapijo que pudo llegar a imaginar para dar cuerpo a sus dos novelas, *Los Sioux* (1965), que ahora descubre para el público hispano *Impedimenta*, y *The Gold Tip Pfizer* (1966). Y lo más remegapijo que una inglesa puede imaginar es, claro, una riquísima familia francesa de antes de la guerra, con epicentro en París y posesiones en Luisiana. Articulada sobre unos diálogos impagables entre una galería de personajes dibujados con maestría, *Los Sioux*, que es el nombre que la familia Benoit se da a sí misma, es una de las novelas más divertidas—por extraña, aunque Handl rehúye las transgresiones formales— que el lector pueda llevarse a las manos.

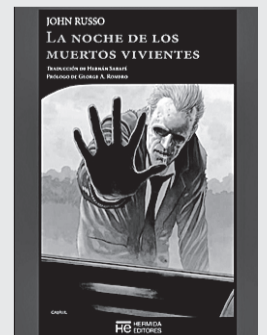


Los Sioux

IRENE HANDL
Traducción de Mariano Peyrou
Impedimenta
432 páginas
23,50 euros

La madre de todos los zombis hecha novela

Con un coste de cuatro duros, desembolsados por diez amigos de Pittsburgh, *La noche de los muertos vivientes* (1968) acabó siendo no sólo una máquina de hacer dinero sino un hito fundacional en las narraciones audiovisuales sobre zombis. Por cierto que su director y coguionista, George Romero, aún no manejaba por entonces ese término, cuyo origen hay que rastrear en el vudú haitiano. *La noche...* vio la luz en unos años convulsos para EE UU, por lo que, además del impacto que causó en el público su derroche de vísceras, fue interpretada como alegoría del Vietnam. También suscitó todo tipo de interpretaciones el hecho, al parecer casual, de que la protagonizase el actor negro Duane Jones. El guión, sugerido a Romero por Soy leyenda, el novelazo de Richard Matheson, fue terminado por John Russo, que años después abordó la trepidante novelización que ahora se traduce al castellano. Obligada para todo amante del género.



La noche de los muertos vivientes

JOHN RUSSO
Prólogo de George A. Romero
Traducción de Hernán Sabaté
Hermida Editores
172 páginas. 17,90 euros